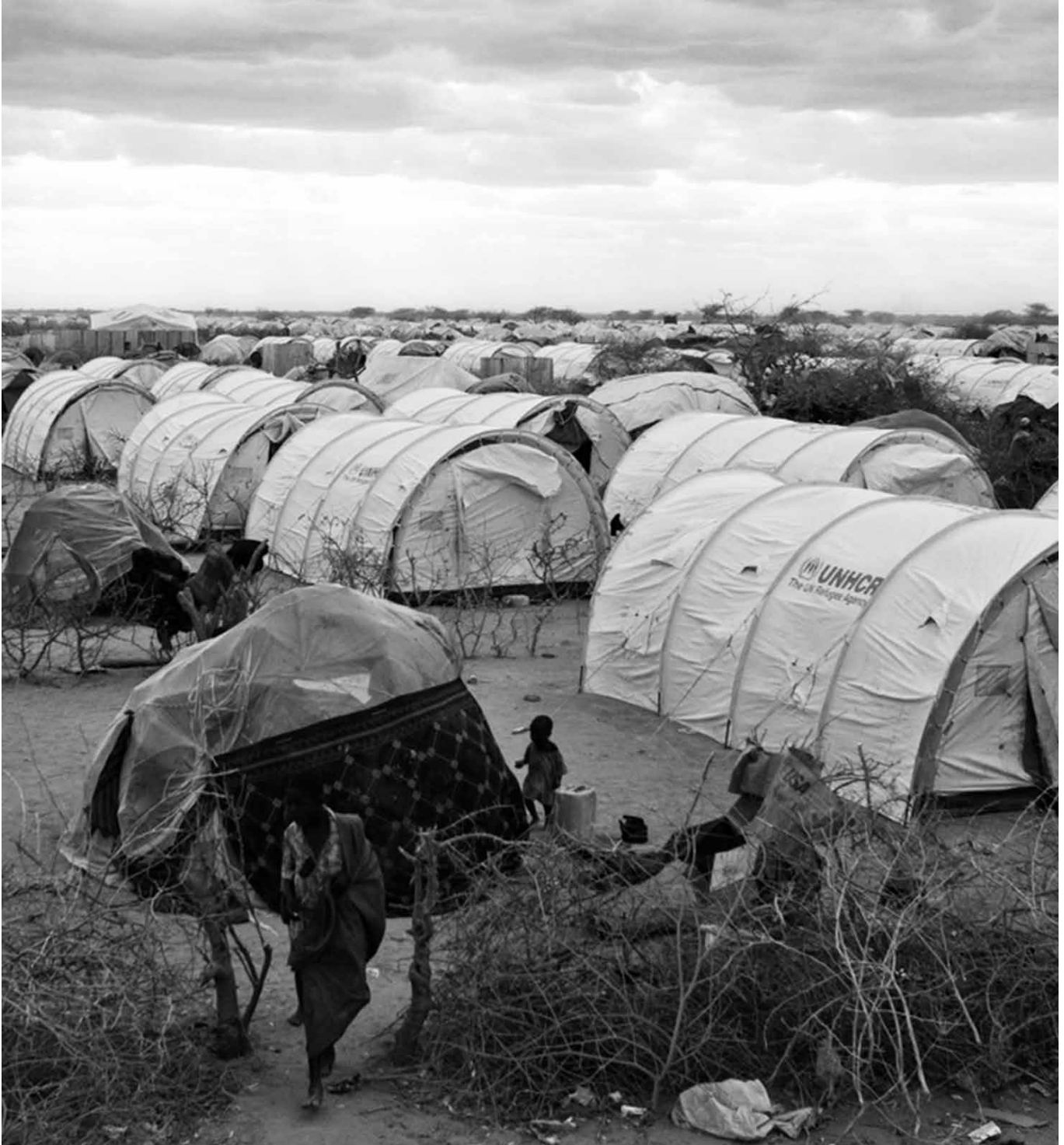


REFUGIADOS DE ÁFRICA SUBSAHARIANA, UNA REALIDAD IGNORADA



A fecha de 1 de enero de 2016, poco más de 200.000 subsaharianos residían en España, según el Instituto Nacional de Estadística y ningún país africano al sur del Sahara figuraba entre los quince primeros lugares de origen de los inmigrantes en suelo español. A pesar de estos datos, la opinión pública de nuestro país asocia fácilmente la inmigración negra con los conceptos de clandestinidad, invasión o competencia laboral. De la misma manera que se ha conseguido crear esta vinculación, la realidad de millones de subsaharianos refugiados, solicitantes de asilo, es bastante ignorada por esa misma opinión pública y en la actual crisis de refugiados que afecta a Europa, centrada en los que huyen de la guerra de Siria, apenas merece muy de vez en cuando un pequeño comentario, sin apenas datos ni contextualización en los últimos párrafos de los reportajes. Por Rosa Martínez.



Se tiende a pensar que de África solo llegan -y en patera- inmigrantes económicos, pero no es así. Muchos de los países del sur del Sahara sufren guerras, grandes conflictos y graves violaciones de los derechos humanos que llevan a un elevado número de personas a tener que escapar para salvar sus vidas.

Según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, ACNUR, a finales de 2015 había en el mundo más de 16 millones de refugiados; más de 3 millones de solicitantes de asilo y más de 37 millones de desplazados internos.

“... no son los países europeos los mayores acogedores de las personas que huyen de la violencia, sino los países de bajos o medios ingresos.”

Las guerras de los últimos años en Oriente Próximo han aumentado extraordinariamente el número de refugiados de Siria, Afganistán e Irak. Pero detrás de ellos, con una historia de décadas, figuran los

países africanos: Somalia, en primer lugar con más de un millón de refugiados.

A finales de 2015 Europa acogió a 4.391.400 refugiados, sin embargo, pese a las crecientes alarmas y a lo que pudiera parecer, no son los países europeos los mayores acogedores de las personas que huyen de la violencia, sino los países de ingresos bajos o medios.

Según datos del Consejo Noruego para los Refugiados, sólo en 2015 más de 2,4 millones de personas tuvieron que dejar sus hogares en África a causa de la violencia o de un conflicto armado, a los que hay que añadir más de otro millón de personas que tuvieron que hacerlo a causa de un desastre natural repentino, sobre todo inundaciones. Números, todos ellos, que probablemente queden por debajo de una realidad que no se llega a conocer, ni siquiera numéricamente. De acuerdo con esta organización escandinava las cifras mayores de des-

plazados por la violencia en 2015 corresponden a Nigeria, con 736.000 personas; 621.000 en la República Democrática del Congo; 210.000 en la República Centroafricana; 199.000 en Sudán del Sur y 144.000 en Sudán. Somalia, Etiopía, Camerún, Níger, Chad, Guinea o Burundi completan la lista al sur del Sahara.

En un informe de febrero de 2017 sobre el África Subsahariana, ACNUR resalta que el número de personas obligadas a dejar sus hogares a causa del conflicto y de la violencia no deja de crecer, calculando en 20 millones las personas afectadas por esta realidad en esta parte del continente, con millones de refugiados que apenas tienen perspectivas de poder volver un día a sus lugares de origen.

En la zona oeste, las cifras que maneja ACNUR aturden igualmente: 140.000 refugiados de Malí viviendo en Burkina Faso, 200.000 refugiados en Camerún, Chad y Níger, dos millones de desplazados internos en Nigeria. Tan solo una pequeña parte de estos refugiados llega a Europa, que en 2016, recibió 1.204.280 solicitudes de asilo. De ellas, 46.145 procedían de ciudadanos nigerianos y 33.405 de eritreos, según datos de Eurostat. Les siguen Somalia, Gambia, Sudán, Costa de Marfil, Senegal, Malí o Etiopía. Las cifras representan muy bien la gravedad de los conflictos de los que intentan escapar los africanos. Por ejemplo en África Central, donde según el Consejo Noruego para los Refugiados sólo en cuatro países, República Democrática del Congo (RDC), Sudán, Sudán del Sur y República Centroafricana había a finales de 2015 más de 6,8 millones de personas refugiadas o desplazadas a causa de los enfrentamientos entre grupos armados y las crisis que se arrastran desde hace más de 13 años en algunos casos.

En Somalia, por ejemplo, tras la caída del régimen de Siad Barré en 1991, el país se sumió en

el caos con gobiernos incapaces de mantener el control, guerra civil e intervención estadounidense incluidas. Según datos de Amnistía Internacional en 2016 más de 50.000 civiles “perdieron la vida, resultaron heridas o quedaron desplazadas, como consecuencia del conflicto armado que enfrenta a las fuerzas del Gobierno y las fuerzas de mantenimiento de la paz de la Misión de la Unión Africana en Somalia (AMISOM) con el grupo armado islámico Al Shabaab”. El actual régimen, apoyado por la Unión Europea y Estados Unidos, no ha conseguido acabar con la organización islámica, ni siquiera contando con la colaboración de los 22.000 efectivos de la AMISOM y las numerosas operaciones de bombardeo de Estados Unidos. El conflicto ha penetrado también en Kenya. De acuerdo con las cifras recogidas por ACNUR hay más de un millón de somalíes refugiados principalmente en los países vecinos del cuerno de África. Sólo en Kenya viven más de 317.000 somalíes, la mayor parte de ellos en el campamento de Dadaab, con alrededor de 280.000 habitantes, el mayor campo de refugiados del mundo. Según recoge Amnistía Internacional en su informe de 2016, Nairobi ha anunciado su intención de cerrar “el campo de refugiados de Dadaab. Para justificar la iniciativa, el gobierno ha alegado cuestiones de seguridad nacional y la necesidad de que la comunidad internacional comparta la responsabilidad de acoger a las personas refugiadas”. En Yemen hay también más de 255.000 refugiados somalíes, cifra similar a los acogidos en Etiopía.

Sudán del Sur vive también sumida en la violencia desde 2013, con enfrentamientos entre distintas facciones y una población amenazada de muerte por el hambre provocado por la guerra, sin que se prevean grandes esperanzas de solución. De hecho los planes de ACNUR para el país hablan de la necesidad de anticipar protección para los casi dos millones de refugiados de este país que se esperan para finales de 2017.

Los eritreos son uno de los grupos de refugiados africanos más numerosos entre aquellos que arriesgan y a menudo pierden sus vidas en el Mediterráneo. Huyen del régimen dictatorial de Isaias Afewerki, en el poder desde 1993 y sobre todo del reclutamiento forzoso de chicos y chicas a partir de los 16 años. Un servicio militar que debería durar 18 meses pero que en realidad a menudo se convierte en trabajos forzados indefinidos, escasamente remunerados. En Eritrea, el hambre, los malos tratos, las torturas y los encarcelamientos arbitrarios están a la orden del día, afectando tanto a hombres

como mujeres, jóvenes y mayores e incluso a niños.

También de una larga dictadura de 22 años, la de Yahya Jammeh, huían los gambianos y de una situación que se había agravado al negarse éste a ceder el poder al vencedor de las elecciones del pasado diciembre, Adama Barrow, iniciando al mismo tiempo una fuerte oleada represiva de detenciones y torturas. A finales del pasado mes de enero Jammeh salió finalmente del país ante la amenaza de la intervención militar de Senegal. Al parecer, eso sí, no escapó con las manos vacías, sino que se llevó al menos 11 millones de dólares del Estado, según denuncias del actual gobierno.

Una situación muy compleja vive también Burundi, un pequeño país en la explosiva región de los Grandes Lagos, con luchas de poder y represión cada vez mayor, pero también en medio de importantes intereses geoestratégicos de grandes potencias y multinacionales. Ruanda, otro país donde la oposición al presidente Kagame es perseguida y encarcelada, como en el caso de Victoire Ingabire, no es ajeno a los intentos de desestabilización en el vecino Burundi.

En Nigeria, son los ataques de Boko Haram los que han causado varios miles de víctimas y un número mayor de desplazados internos y refugiados en los países vecinos. Amnistía Internacional cifraba en dos millones las personas desplazadas en el interior del país, muchas de ellas viviendo en campos “abarrotados, sin acceso suficiente a alimentos, agua potable, ni atención médica y en algunos casos bajo vigilancia armada”. A los ataques de Boko Haram responden las autoridades con detenciones arbitrarias y ejecuciones extrajudiciales.

Esta situación afecta también a otros países fronterizos como Camerún, Chad o Níger, países también con un número importantísimo de refugiados y desplazados internos.

Estas cifras tan impresionantes de refugiados y desplazados en el África Subsahariana convierten casi en un sarcasmo las alarmas que se desatan en los países europeos cuando aluden a su incapacidad para hacer frente a las peticiones de asilo que les llegan del sur del mediterráneo. La comparación se hace aun más sangrante al prestar una mínima atención a muchas de las situaciones que generan estos enormes desplazamientos de población, en las que a menudo están presentes los intereses de países y empresas occidentales, con acaparamientos de

Tan solo una pequeña parte de estos refugiados llega a Europa, que en 2016, recibió 1.204.280 solicitudes de asilo.

tierras, expolio de recursos, corrupción de las élites y sobre todo la venta de armas.

La violencia, no es el único concepto que está ligado a los movimientos de población en los países africanos. Pobreza y hambre van de la mano también. Algo que resulta muy evidente, por ejemplo, cuando se observan los desplazamientos que originan los desastres naturales: son las poblaciones más vulnerables, con menos recursos para invertir en la seguridad de sus hogares las que se ven más afectadas por fenómenos como las inundaciones, que en 2015 arrasaron en Malawi miles de casas e infraestructuras, provocando el desplazamiento

Ruanda, otro país donde la oposición al presidente Kagame es perseguida y encarcelada, como en el caso de Victoire Ingabire, no es ajeno a los intentos de desestabilización en el vecino Burundi.

solo en este pequeño país de más de 300.000 personas.

Esta pobreza, además, no es la que huye a Europa, pues incluso para arriesgar la vida en una patera hacen falta importantes recursos económicos. Para la grandísima mayoría de los refugiados

subsaharianos la única alternativa es intentar sobrevivir en enormes campos de refugiados dependientes de la ayuda humanitaria.

Otra cuestión importante es la evolución de la situación de los refugiados. La respuesta a las situaciones que generan los desplazamientos de población debería ser rápida, pero esa no es a menudo la realidad. Durante años los refugiados y desplazados permanecen en zonas empobrecidas, con pocos derechos y con escasas oportunidades de inserción en las comunidades de acogida o de desarrollo socioeconómico.

En países como Kenia o Etiopía se encuentran algunos de los mayores campos de refugiados del mundo con doscientos o trescientos

mil habitantes, donde los refugiados nacen, estudian, tienen hijos, trabajan, mueren. Es el caso de Dadaab, uno de los mayores campos de refugiados del mundo, creado en 1991 para acoger a 90.000 refugiados, acoge actualmente a más de trescientos mil, pero las autoridades keniatas han anunciado ya su cierre.

Esto apunta a otro de los graves problemas que afectan a los refugiados: el retorno a sus países de origen, algo para lo que a menudo no se dan las suficientes condiciones de seguridad, llegando incluso a producirse repatriaciones forzadas. Esa es por ejemplo una de las amenazas que afectan a los refugiados ruandeses en Congo.

Volviendo a Europa, es también difícil seguir la pista a la evolución de las peticiones de asilo. Muchos de los informes de Acnur o de Eurostat, ponen números a estas peticiones, pero pocas veces se informa de las que son rechazadas, por qué no son admitidas, o de la situación en la que quedan aquellos a los que se niega la protección internacional. Tenemos que conformarnos con la escasa elocuencia de las estadísticas. En el último trimestre de 2016 se resolvieron en los 28 países de la Unión Europea 10.100 peticiones de asilo de ciudadanos eritreos, 9.400 de forma positiva. Sin embargo el 76 por ciento de las 7.570 peticiones de nigerianos fue rechazado. De las 6.150 solicitudes de ciudadanos de Somalia se concedieron 4.230. De ciudadanos de Mali hubo 3.070 peticiones, de las que el 68 por ciento fueron denegadas. Se rechazó también el 42 por ciento de las solicitudes provenientes de Sudán, el 66 por ciento de las de Gambia, el 71 por ciento de las de Senegal, el 66 por ciento de las de Guinea y el 73 por ciento de las de Ghana. El destino de estas personas será probablemente la clandestinidad, la precariedad, la explotación.

